



CANCION ESPAÑOLA

DE

LA HERMOSA CORINA,

A LA INGRATITUD DE OSBALDO,

SU FALSO Y CRUEL AMANTE.



Viva, viva la hermosa Corina,  
 Viva el genio y la beldad clamaron,  
 Cuando alegres en Roma miraron  
 A esta bella heroína aplaudir:  
 Su memoria celebra aun la Italia,  
 Con el mas eficaz sentimiento,  
 No olvidando jamas su talento,  
 Y el final de su triste ecsistir.

En carroza triunfante sentada,  
 Adornada de jóyas preciosas,  
 Obsequiada de muchas hermosas  
 Se vió en Roma á esta jóven lucir:  
 Mas ¡ay cielos! que amor cauteloso,  
 Por sus venas discurre inclemente,  
 Vió á Osbaldo, y le amó tiernamente,  
 Y este amor la condujo á morir.

Coronada de laurel y mirto,  
A la gloria marchaba Corina,  
Y ostentando sus gracias, inclina  
A las bellas su ejemplo seguir:  
Mas de Osbaldo una sola mirada  
Llenó su alma de tanto tormento,  
Que mudando en tristeza el contento,  
Sintió luego un fatal porvenir.

Cuán brillante subió al Capitolio,  
Por el pueblo romano aclamada,  
Do logró de la gloria cercada,  
La corona de sábia ceñir!  
Pero en vano su pecho se agita,  
Anhelando adquirir honores,  
Que trocados en fieros dolores,  
La harán pronto llorar y gemir.

Las visitas que Osbaldo le hacia,  
Fiel amor á Corina inspiraban,  
Los paseos que ambos disfrutaban,  
Prometíanle un día feliz:  
Mas cuán pronto frustró su esperanza  
Aquel falso y fementido amante,  
La abandona, dejando inconstante  
Engañada á esta hermosa infeliz.

Mas Corina que nada recela,  
Busca en vano á su futuro esposo,  
Y entristece su pecho amoroso,  
No pudiéndolo ya descubrir:  
De dolor y de pena fallece;  
Queda sola, en llanto sumergida,  
Y en su ausencia no estima la vida,  
Que á su amado propuso rendir.

¡Ay Osbaldo! el amor de Corina  
Era ya demasiado constante,  
Pues en tí contemplaba un amante,  
Que pudiera hacerla feliz:  
Mas tú, ingrato, el apego á tu patria  
Preferistes á un amor sincero,  
Regresando á Inglaterra primero,  
Que casaros en otro país.

En tu busca los valles sombríos,  
Cual un ave ligera pasaba,  
De los Alpes las flores elaba,  
Sin poderte su pena decir:  
Entre tanto tú, infiel, en Escocia,  
Adquiriendo otros nuevos amores,  
De Corina aumentais los dolores,  
No queriendo tus votos cumplir.

Desterrada en un frío clima,  
De su patria y amor apartada,  
No le resta ya á esta desgraciada,  
Mas que esfuerzos para resistir:  
Un puñal en tu pecho inconstante  
Habrá puerta á tu alma, traidor,  
Pues osaste con tu desamor,  
A la hermosa Corina aflijir.

Cual Corina te amaba, bien sabes,  
Tus deseos, su ley, siempre fueron;  
Mas los tuyos, tal vez, predijeron  
Este amargo y cruel porvenir:  
La olvidaste, y en vano secreto  
Ocultaste á tu amor obsequiado,  
Su desgracia por fin has causado,  
Y la privas de alegre vivir.

Por la nueva de tu casamiento  
Con Lucila, su hermana querida,  
Nuevo esfuerzo, su alma aflijida,  
Necesita para resistir:  
Sin embargo, ya desconfiada  
De tu mano y cariño obtener,  
Determina á Italia volver,  
Sin poder su dolor reprimir.

Cuatro años habían pasado,  
Que en tristeza esta joven yacia,  
Cuando Osbaldo á Italia volvía,  
Para un tiempo allí residir:  
De su esposa é hija acompañado,  
Imprudente á Corina buscó,  
Y su hado fatal lo guió,  
Do la viera dejar de existir.

En un sitio, de Roma cercano,  
Que no azota el levante cruel,  
Donde crecen el sauce y laurel,  
Y de flores es bello matiz:  
Allí es donde solia Corina,  
Por las tardes las horas pasar,  
Deseando su alma esplayar,  
Do su suerte lloraba infeliz.

Sus paseos siempre solitarios,  
Con un Conde, su amigo ejercia,  
Que Hegado de Francia, solia,  
A la triste Corina asistir:  
Ya no existe en sus ojos hermosos  
La brillante alegría fugaz;  
Ausentóse tambien con la paz,  
Y le quita el placer de reir.

Llegó un día en que el sol eclipsado,  
Entre nubes ocultó su luz,  
Y sentada al pie de una cruz,  
Este canto empezó á decir:  
¿Por qué aterra morir al humano,  
Si la vida ve pálida y fria,  
El vivir es amarga ironía,  
Sin embargo se anhela el vivir?

Yo, Corina jóven, infelice,  
Dí entrada en mi pecho inocente  
Al veneno de un amor vehemente,  
Para siempre tener que sufrir:  
¡Oh vosotras, jóvenes incautas,  
Que de amor la violencia ignorais!  
Si mi triste cancion escuchais,  
De sus redes crueles huir.

Habitaba tranquila en Italia,  
Y aun el tiempo que ausente vivia,  
De un Apolo el favor merecia,  
Y en mi patria pensaba ecsistir:  
Mas ¡ó Musa, qué estrella funesta,  
Me condujo á la senda amorosa,  
Do una voz resonó dolorosa!  
¡Ay Corina! tú vas á gemir.

En la flor de mis años sentia  
Por mis venas un fuego vagar,  
Que imprevisto lo vino á escitar  
Un tirano de quien me creí:  
Obcecada con falsas promesas,  
Que su pecho traidor me dictaba;  
En su lazo, sagaz, me enredaba,  
Cuando aleva se ausentó de mí.

Genio horrible me acosa incesante,  
Que luchando en mi bárbara suerte,  
La sonrisa se ve de la muerte  
A mi cárdeno labio acudir:  
En las alas del austro llevada,  
Sobre tumbas y escombros me mece,  
Y la copa del mal que me ofrece,  
A apurarla me obliga seguir.

Dime, suerte cruel y tirana,  
Que ese golpe hacia mí has dirijido,  
Dí, ¿qué causa á tu enojo ha movido,  
Por tan fuerte tu espada esblandir?  
¡Ah! conozco tus viles ardidés,  
Y en la muerte que gustosa espero,  
Ecsalando el aliento postrero,  
Triunfarás al verme morir.

Dé inquietudés formaron mi alma,  
Sus delicias la hermosa Poesía,  
La mas pura y completa alegría,  
Que alcanzaba mi seno á rendir:  
Tantos bienes perdí en un momento,  
Y mi amor, por mi mal saerifico,  
A un ingrato mi pecho dedico,  
No pudiendo mi fuego extinguir.

Víctimas de un amor infelice,  
Atended á mi acento postrero,  
Si á la faz de la muerte que espero,  
Mis lamentos quereis aun oir:  
Desechad esa copa engañosa,  
Que á Corina prendió de repente,  
Cuando en Roma ceñida su frente,  
Sus talentos se vieron lucir.

De improviso su canto suspende,  
Viendo á Osbaldo y Lucila llegar;  
Pues del todo se vino á turbar,  
Sin poder por entonces seguir:  
Abrazada en su hermana y sobrina,  
Llega casi á perder los sentidos,  
Convirtiendo sus ojos en ríos,  
Mas tranquila volvió á proseguir:

Dime, impío, en qué te he ofendido?  
Dime, falso, en qué te he agraviado?  
Dime, Osbaldo, mi bien adorado,  
Si Corina te pudo afligir?  
Mas no, cielos! yo soy inocente;  
Bien sabeis que constante he sido,  
Y que fiel en mi pecho ha ardido  
Una llama, que no sé extinguir.

Vive, ingrato, con tu esposa tierna,  
Pues Corina es preciso que muera,  
Inmolada en tu pecho de fiera;  
¡Ay Osbaldo! espirando por tí:  
Cauteloso á tu amante engañaste,  
Del amor el veneno bebiendo,  
Sin remedio mi mal advirtiendo,  
Te burlaste inconstante de mí.

Ese cielo que enojado un día,  
Tu perfidia, y mi mal aumentaba,  
Al ver, ay! el dolor que me ataba,  
Volvió en breve su brillo á lucir:  
Mas en vano su anuncio respetas,  
Y tu amor me ha vendido, y la muerte,  
Es el único bien de mi suerte,  
Y el tesoro que puedo adquirir.

Dime, Osbaldo, por qué receloso,  
Del caracter romano temiste?  
Cuántas veces á un tiempo advertiste,  
Que inglesa é italiana fuí:  
Un pensar preocupado ha podido,  
De tu anillo los pactos romper,  
De Lucila la mano obtener,  
Aumentando la tristeza en mí.

Si existiera en el mundo otro objeto,  
Que te amara con tanta ternura,  
Los tormentos y muerte mas dura,  
A mí misma me hiciera sufrir:  
Tus promesas, casarnos pudieron;  
Mas tu padre, mi hermana y tú mismo,  
Me metisteis en profundo abismo,  
Sucumbiendo, sin poder salir.

En tí, Osbaldo, cifraba mi gloria,  
Aspirando tan solo á tu mano,  
Cuando elogios del pueblo romano,  
Mis oídos vinieron á herir:  
Mis ternezas mostraban cariño,  
Y la grande pasion que notaste;  
Mas tú, ingrato y cruel, me olvidaste,  
Y has venido á verme morir?

Con mi hermana inocente disfruta  
Las caricias que en mí despreciaste,  
Conservando el amor que juraste,  
Siendo ella, mas que yo feliz:  
Recibid ya mi último á Dios,  
Y esta niña que el cielo os concede,  
Algun día mis gracias herede,  
Para gloria de vuestro país.

Mira el sol, que entre nubes sombrías  
Obscurece su rostro dorado,  
Y se muestra aun eclipsado,  
Por no verme penando morir:  
La pasion, que mi dicha robando,  
Hoy aumenta mi agudo dolor,  
Traspasada del dardo de amor,  
Ya mi pecho lo siento latir.

Mi sepulcro mira con respeto,  
Y á lo menos mi lápida fria,  
Oiga, Osbaldo, de tu boca un día;  
Aquí yace la mas infeliz:  
Y tú, Conde, mi mas fiel amigo,  
A Dios, que morir ya me siento,  
Una sombra aprime mi aliento,  
Y me cubre de un negro tapiz.

F I N.

Valencia: Imprenta de LABORDA, calle de la Bolseria, donde se hallarán con  
otras diferentes al estilo del día, acomodadas para acompañar  
los aficionados con la guitarra.